A medida que grupos compactos de gentes de todas las clases sociales invadían la zona del combate, un sentimiento de horror iba ganando el espirítu público ante los grandes destrozos de que había sido víctima una considerable parte de la ciudad. Muros destruídos por la metralla, elegantes residencias convertidas en cenizas o en informe montón de ruinas, cristales rotos, postes y focos caídos o vueltos añicos, rastros sangrientos por donde quiera: tal fué el espectáculo que aquella muchedumbre ávida pudo contemplar en el corazón de la gran urbe.

Yo, como todo el mundo, había salido desde temprano, en busca de alguna noticia relativa a la familia de Amparo. La casa de la calle Ancha continuaba abierta, ocupada por los soldados. En vano busqué en todas las casas donde sabía yo que Amparo cultivaba relaciones sociales: en ninguna parte se me pudo dar razón. A eso de las diez volví al Hotel con la esperanza de que mi prometida me hubiese escrito, pero también esta esperanza fué defraudada por la realidad. Con mayor angustia que en los días anteriores volví a la calle, a ver si al fin sabía algo que me tranquilizara.

En las calles de Nuevo México, en Balderas, en Bucareli, en otros muchos lugares, yacían aún los cadáveres de muchos combatientes a quienes no había sido posible sepultar. En una de las esquinas de Humboldt estaba el cuerpo de un pobre viejo de la clase humilde, sorprendido allí por una bala quizá en los momentos en que iba en busca de su familia. La descomposición de aquellos despojos humanos era completa, pues la muerte había sobrevenido el martes a las once de la mañana, es decir, seis días antes.

Cuando yo llegué a la esquina de Balderas alcancé a divisar una llamarada, y me acerqué para investigar la causa. Era que el pneblo había prendido fuego a varios cadáveres putrefactos. Aquel espectáculo en el corazón de una ciudad moderna, rica y amplia, era verdaderamente desconcertador, pavoroso!

Más adelante se efectuaba idéntica operación. Quise mirar el rostro de un muerto que estaba ya carbonizándose, pues las extremidades v el vientre ardían bajo un montón de leña rociada con petróleo. Las facciones de aquella cara estaban tan deformes, que no me fué posible conocer en ellas las de alguien que tenía un lugar en mi afecto. De súbito, de entre el coro de gentes curiosas salió un grito de dolor, y el cuerpo de una anciana

rodó por tierra....¡Era la señora Antonia, que había reconocido en aquel muerto ardiente a su propio hijo! Y, en efecto, aquella podredumbre que se consumía bajo las llamas, eran los despojos mortales de Remigio, mi criado. Entonces lo comprendí todo: el entusiasmo antimaderista del muchacho lo había hecho ir tal vez a la Ciudadela y, en alguna de las peripecias del combate lo había alcanzado una bala y le había herido mortalmente.

En la imposibilidad de dar sepultura a aquel cuerpo, tuve que resignarme a que la lumbre cumpliese su obra de purificación. Por lo que hace a la señora Antonia, recomendé a dos hombres que la llevasen a su casa, y mandé allá, provista de medicinas y dinero, a una mujer que se encargara de atenderla.

Dí algunas vueltas por las calles, al acaso, a ver si la casualidad ponía ante mis ojos una persona que pudiera darme noticias de Amparo. Recordé que ella solía frecuentar la casa de unas señoritas Zaldúas, de origen venezolano, amigas mías, y me encaminé hacia aquella casa, sita en las calles del Campo Florido. Pero he aquí que de pronto oigo que cerca de mí se rompen nuevamente los fuegos de fusilería, y a poco el estampido del cañón vuelve a asordar la ciudad. Un gran tumulto de gente que corre me atropella y me derriba. Cerca de mí caen tres hombres heridos, uno de los cuales baña mis pies con sangre. Entonces, en un impulso de conservación y simultáneamente con otros cuatro individuos, me acerco a la puerta de la casa más cercana, puerta que entre los cinco derribamos a empellones, y penetro aquel lugar, que había de ser mi refugio en las horas siguientes.

El combate iba generalizándose. ¿Qué había sido del armisticio?—Ninguna de las versiones que se han dado para explicar esta intempestiva ruptura de las hostilidades tiene importancia. Lo cierto es que el fuego hizo, en aquellos momentos, más de dosientas víctimas entre las personas no combatientes.

En la noche no dejaron de oírse disparos, aquí y allá, que por momentos adquirían cierta intensidad. Por esta circunstancia, y por que las tropas cercanas no permitían el tránsito por las calles, me ví obligado a permanecer en la casa donde me había refugiado, en espera de los nuevos acontecimientos.

Lunes 17

En este día, que fué para mí de angustiosa zozobra, el Señor Madero recibió el siguiente mensaje del Presidente Taft:

"Por el texto del mensaje de Vuestra Excelencia que recibí el día 14, se desprende que ha sido mal informado respecto de la política de los Estados Unidos hacia México, la que por dos años ha sido uniforme, así como también respecto a las medidas navales o de cualquiera otra índole que hasta aquí se han tomado, medidas que son de precaución natural, y ya el Embajador me telegrafió que cuando Vuestra Excelencia fué bastante bondadoso de mostrarle su telegrama dirigido a mí, le hizo notar este hecho.

"En consecuencia, Vuestra Excelencia debe estar advertido de que los informes que parece le han llegado, relativos a que ya se han dado órdenes para desembarcar fuerzas, han sido inexactos. Sinembargo el Embajador, que está plenamente informado, ha recibido de nuevo instrucciones para proporcionar a Vuestra Excelencia las informaciones que desee.

"Juzgo innecesarias nuevas seguridades de amistad a México, después de dos años de pruebas de paciencia y buena voluntad.

"En consideración a la especial amistad y a las relaciones existentes entre ambos países, no puedo llamar lo bastante la atención de Vuestra Excelencia sobre la vital importancia del pronto restablecimiento de esa paz real y orden que este Gobierno tanto ha esperado ver establecidos, ya por que los ciudadanos americanos y sus propiedades deben ser protegidos y respetados, cuanto porque esta nación simpatiza profundamente con las aflicciones del pueblo mexicano.

"Recíprocamente a la ansiedad manifestada en el mensaje de Vuestra Excelencia, creo de mi deber añadir sinceramente y sin reserva, que el curso de los acontecimientos durante los dos últimos años y que hoy culmina en una situación muy peligrosa, crea en este país un pesimismo extremo y la convicción de que el deber imperioso de estos momentos está en aliviar pronto la actual situación.

WILLIAM H. TAFT."

El Amor es fuerte como la Muerte....

En la tarde me hallaba yo en el Hotel Berry, cuando llegó, jadeante y lleno de inquietud, un hombre del pueblo, que preguntaba por mí y que me llevaba una carta. La abrí temblando. He aquí su contenido:

"Todos mis esfuerzos para comunicarme contigo han sido inútiles. Mi madre ha estado enferma de muerte; yo estoy herida. Si puedes, ven inmediatamente; nuestra situación es insostenible.

AMPARO."

Como si todas las fuerzas de mi juventud, concentradas en ese momento, me hubiesen impulsado, me lancé a la calle, seguido del mozo. Eran las tres de la tarde. Ni un coche, ni un auto, ni vehículo alguno en que hacer el viaje presurosamente. ¡No importa, nos iremos a pié! Y tomamos la Avenida Juárez para ir a buscar las calles de Bolívar, pues no había otro camino por donde poder llegar a la plazuela de Belén.

Varios destacamentos quisieron interceptar nuestro paso, pero yo les hablé con tal vehemencia y fueron tan convincentes mis palabras, que al fin pude salir airoso de mi empeño. Y llegué, temblando, hasta muy cerca del lugar donde, según me había dicho el mozo, se encontraba la familia de Amparo.

En ese momento las fuerzas apostadas en las alturas de la Cárcel sostenían un vivo fuego con una compañía de rurales que las tiroteaba desde la calle Ancha. El hombre que me acompañaba se negó a seguirme, y en vano habría yo tratado de obligarlo. Y seguí sólo. Un soldado que me vió avanzar por la mitad de la calle, y que sin duda me juzgó loco, me hacía señas con la mano, de que me retirara; empero, yo seguía, impertérrito. Las balas pasaban tan cerca de mí, que oía el zumbar como el de un enjambre de abejas monteses. ¡No importa, me decía yo: el amor es fuerte como la muerte!—¡Adelante!—Y seguía, seguía. Tomé la calle de los Arcos de Belén, donde yacían numerosos cadáveres, y llegué al fin a la casa cuyas señas se me habían dado.

El solo aspecto del edificio y de los que lo rodeaban bastó para que me diera cuenta de la terribilidad que el combate había tenido en aquellos lugares. Mi desesperación era cada vez más grande. Golpeé a la puerta, pero nadie me contestó; entonces empujé con todas mis fuerzas, y la cerradura saltó hecha pedazos. Y penetré en el edificio.

La escena que siguió, es imposible de describir. Yo estaba poseído de una ceguedad absoluta: no veía nada, no comprendía

nada, como no fuera el deber imperioso, indeclinable, de salvar a Amparo llevándola a un lugar menos peligroso, y de volver por su señora madre y sus dos hermanitos menores.

Por fortuna, el fuego había cesado un tanto, y yo puse mi resolución en práctica. Ni Amparo ni su familia se resistieron a seguirme. Ella, enarbolando una sábana a guisa de bandera de paz, y apoyada en mi brazo, franqueó la puerta. La madre y los dos niños nos seguían, acompañados y ayudados por un joven a quien nunca agradeceré debidamente sus atenciones. La señora, que había sufrido violentos accesos de cólico, caminaba difícilmente.

Así avanzamos hasta volver a tomar la calle Ancha. Los soldados que encontrábamos a nuestro paso nos miraban con extraña curiosidad y nos dejaban pasar. De pronto, los fuegos vuelven a brirse: los niños lloran, la señora impreca al cielo; Amparo se desmaya, y tengo que tomarla en mis brazos, pero lo hago con tal torpeza, que la herida que ella tiene en la mano se le abre y la hace dar un grito. El peligro es más grande a cada momento, porque los proyectiles felicistas vienen a caer en mitad de la calle, pegan en los edificios de enfrente, y se oye el sonar de cristales que se rompen. Adosándome a la pared para estar resguardado, avanzo, avanzo, cada vez más aprisa. La señora y sus acompañantes se quedan atrás. Por fin, después de aquella marcha fatigosa, llego a la calle del Ayuntamiento, en busca de una casa amiga donde detenerme. Todavía oigo el estruendo de la fusilería; pero una extraña confianza se apodera de mí.. Recuerdo el sueño aquel de la víspera del combate, y esta idea me fortalece. "No temas, parece decirme la voz de mi novia: no caerás." Y no caigo: a la postre, veo abrirse las puertas de un edificio que me es familiar: la habitación de mi compatriota Don Juan Aréchiga. Deposito sobre una cama el cuerpo flácido de Amparo, y reclino en un sofá mi cabeza transida de congoja.

¡El Amor había triunfado de la Muerte!

.....

.....

Martes 18.—La ciudad respira

Corren rumores, sin confirmar, de que se ha pactado un nuevo armisticio que termina a las 2 p. m. Sinembargo, a lo lejos

se oye el mismo confuso e insistente cañoneo de los días anteriores, y de cuando en cuando la descarga de una ametralladora.

Pasan—cosa rara—hasta cinco minutos sin que ningún ruido de guerra atruene el espacio. Por las Avenidas del Cinco de Mayo, San Francisco y calles inmediatas al Palacio Nacional, la gente circula como resuelta a romper el cerco en que ha estado encerrada durante estos diez días de tortura dantesca. Sinembargo, las calles vuelven a quedar desiertas cuando a las 10 de la mañana empieza desde la Ciudadela un resuelto bombardeo sobre el Palacio Nacional.

De 10 a 11 a. m., en los lugares inmediatos a la residencia del Ejecutivo, caen cerca de 40 granadas y desde esta hora hasta las 2 de la tarde el fuego de la fusilería y de los cañones se hace cada vez más débil: llegan a transcurrir intervalos hasta de 30 minutos entre los disparos.

A las 3 p. m.. un automóvil que llega a la Alameda de Santa María esparce rápidamente esta nueva que se propaga como incendio: "Madero está preso."

Muchos son los incrédulos a pesar de que en su rostro se transparenta una íntima alegría, pues a lo lejos, por el rumbo de la colonia de la Teja, no dejan de sonar el cañón y la fusilería. Pasan las horas, y la noticia, con los nuevos mensajes que llegan del Palacio Nacional, quedó plenamente confirmada. ¿Qué había sucedido?

Se dice que desde la llegada del General Blanquet había entrado este militar en arreglos con el General Huerta para poner fin a la augustiosa situación de la República. La actitud reservada del jefe del 29º batallón, que desde su arribo a la Tlaxpana se mantenía a la espectativa; palabras vagas que se le llegaron a escapar en conversación con algunas personas, sobre que él creía que la situación se iba a resolver pronto; la defección de parte del 29º batallón la tarde del lunes, todo denunciaba que el General Blanquet preparaba alguna sorpresa.... La noche del mismo día parece que este General tuvo una conferencia con el General Huerta, y entonces quedó organizado el complot para derrocar al gobierno de Madero. Cerca de las 2 de la tarde se encontraban reunidos en los salones de la presidencia el Presidente de la República, acompañado del Vicepresidente Pino Suárez y de los Ministros. El General Blanquet acompañado del Teniente Coronel Riveroll, del mayor Izquierdo y de otros militares, entró

al salón del Palacio en donde se encontraban reunidos estos señores, para manifestar al Presidente que debía renunciar; que el ejército no quería luchar más contra sus hermanos; que la situación pedía un cambio inmediato para su paz y tranquilidad.

El Presidente contestó que no consentía en renunciar; pero que sí podría conseguir que lo hicieran el Vicepresidente de la República y el Gabinete.

Muchas son las versiones que corrieron sobre este incidente trágico.

Se dice que el Presidente, indignadísimo, hizo fuego sobre el Teniente Coronel Riveroll, quien cayó muerto; que el mayor Izquierdo resultó herido por otro disparo del Presidente; que se desarrolló una escena espantosa en la que quedó muerto, además, el hermano del Ministro de Fomento, y que entonces el General Blanquet se arrojó sobre el Presidente y, tomándolo del brazo derecho, lo desarmó diciéndole: "Es usted mi prisionero."

También, sin que se haya llegado a confirmar, fué muy socorrida la versión de que después de que el Presidente había matado al Teniente Coronel Jiménez Riveroll, el General Blanquet, en los momentos de ir a disparar sobre el señor Madero, fué detenido por el General Huerta, quien le dijo: "No mate usted a este hombre, para que responda ante el país del saqueo que ha autorizado en los últimos días en las cajas de la Nación."

Mientras estas escenas se desarrollaban en el Palacio Nacional, el General Huerta llegaba al restaurante "Gambrinus," en donde don Gustavo Madero celebraba con un banquete íntimo el ascenso del Presidente de la Cámara, coronel Romero, a General brigadier, en compañía de los generales Delgado y Sanginés y de don Juan B. Delgado. El General Huerta detuvo a don Gustavo a la 1.50 de la tarde y en unión de sus acompañantes lo dejó bien custodiado en una dependencia del edificio. Verificadas estas aprehensiones el General Huerta asumió el mando supremo de la República, haciendo publicar el siguiente manifiesto:

"En vista de las circunstancias dificilísimas por que atraviesa la Nación, y muy particularmente en estos últimos días la capital de la República, la que por obra del dificiente Gobierno del señor Madero bien se puede calificar su situación casi de anarquía, he asumido el Poder Ejecutivo y en espera de que las Cámaras de la Unión se reúnan dssde luego para determinar sobre esta situación política actual, tengo detenidos en el Palacio Nacional al señor Francisco Madero y su Gabinete para que, una vez resuelto este punto y tratando de conciliar los ánimos en los presentes momentos históricos, trabajemos todos en favor de la paz que para la Nación entera es asunto de vida o muerte.

Dado en el Palacio del Poder Ejecutivo a 18 de febrero de 1913.

El General Comandante Militar Encargado del Poder Ejecutivo, V. HUERTA."

Acto continuo dirigía una comunicación a la Embajada americana, en la que manifestaba que había asumido el mando; que esperaba que su conducta se interpretara como una manifestación de alto patriotismo; que no tenía otro objeto que restaurar la paz en la República, pidiendo al mismo tiempo que se comunicara lo anterior al Presidente de los Estados Unidos, al Cuerpo Diplomático y a los rebeldes que se encontraban en la Ciudadela. El Embajador contestó dos notas: una como representante del Cuerpo Diplomático y otra como Embajador de los Estados Unidos, dándose en ambas por enterado del resultado de los sucesos y ofreciendo la facilidad que estuviera de su parte al General Huerta para que la República volviera a encarrilarse por el sendero del orden.

El Presidente y el Vicepresidente de la República quedaron con centinelas de vista en uno de los departamentos bajos del Palacio Nacional. Los señores Ministros Lascuráin y Hernández fueron puestos en libertad bajo su palabra de honor. El señor Ministro de Hacienda logró escaparse, y los de la Guerra y Fomento quedaron detenidos en otro departamento del mismo edificio.

El nuevo jefe del Ejecutivo se dirigió, además, a los gobernadores de los Estados y al Congreso, pidiendo que se reuniera éste para discutir la situación actual. Poco más tarde tuvo una conferencia con el Brigadier Félix Díaz en la Ciudadela, como resultado de la cual resolvieron unirse en un sentimiento de fraternidad para lograr la salvación de la Patria.

Poco después de las cinco de la tarde, las campanas de las torres de Catedral anunciaron el cambio de gobierno. Como brotados de la tierra aparecieron por todos los rumbos de la ciudad millares de habitantes que se dirigieron hacia el centro de la capital. Las calles presentaban ese típico aspecto de las fiestas del 15 de septiembre o del sábado de gloria: unos a otros se abra-

zaban, deseábanse felicidades; la ciudad entera respiraba como un enorme pulmón después de una pesada asfixia.

Se repitieron los entusiasmos desbordantes del pueblo con la misma intensidad que cuando se anunciara en mayo de 1911 la renuncia del General Díaz y, en el colmo de la excitación, frente al restaurant "Gambrinus," defendido por piquetes de rurales, una enorme masa del pueblo pedía a gritos la muerte de don Gustavo Madero.

Cuando llegó la noche vióse hacia el Sur una inmensa hoguera que parecía iba a abrasar a la ciudad. Una parte de la plebe había incendiado las oficinas y talleres del periódico maderista "La Nueva Era", pues aquí como en Francia, el pueblo se ensaña contra los símbolos que le repugnan, lo mismo sean los edificios de "El Imparcial" y "Nueva Era", que la prisión de la Bastilla.

Miércoles 19

La ciudad se despertó con la noticia sensacional de los fusilamientos de don Gustavo Madero, hermano del ex-presidente de la República, y de don Adolfo Bassó, ex-intendente de Palacio, de quien se dijo había sido el que ordenó el fuego que causó la muerte del General don Bernardo Reyes. La muerte de don Gustavo ocurrió a las dos de la mañana al ser transladado desde Palacio a la Ciudadela. Corre la versión de que pretendió huir al llegar a la fortaleza, por lo cual uno de los oficiales disparó un tiro que derribó por tierra a don Gustavo, siendo después acribillado a balazos por el resto de la escolta. El señor Bassó suplicó que no se le fusilara en la sombra, eligiendo personalmente un sitio que se encontraba alumbrado por la luna y pidiendo a los que lo ejecutaron que testimoniaran que había muerto como un valiente.

La ciudad sigue de fiesta. Parece que las calles céntricas y los sitios donde ocurrieron tantos sucesos trágicos, son insuficientes para contener a la multitud que quiere ver por todo el tiempo que ha dejado de hacerlo. Con grandes dificultades logra reunirse la Cámara de diputados, que en la tarde de ese día nombra una comisión para que se apersone con los señores Madero y Pino Suárez y logre convencerlos de que presenten sus renuncias.

La Cámara se declara en sesión permanente. A las ocho y tres cuartos de la noche regresan los comisionados, acompañados del ministro de Relaciones Licenciado Lascuráin, que es el portador de las renuncias concebidas en los siguientes términos:

"Ciudadanos secretarios de la honorable Cámara de Diputados:—En vista de los acontecimientos que se han desarrollado de ayer a acá en la Nación, y para mayor tranquilidad de ella, hacemos formal renuncia de nuestros cargos de Presidente y Vicepresidente, respectivamente, para los que fuimos elegidos.—Protestamos lo necesario.

México, 19 de Febrero de 1913.

FRANCISCO I. MADERO. JOSE M. PINO SUAREZ.

Las comisiones presentaron un dictamen, admitiéndose la renuncia de dichos funcionarios. Al discutirse en lo particular, fué admitida la renuncia, del señor Madero por 123 votos contra los de los diputados Alarcón, Pérez, Rojas, Escudero y Hurtado Espinosa. La renuncia del Vicepresidente Pino Suárez fué aprobada por 129 votos contra 8. Fué declarado Presidente interino de la República el licenciado Lascuráin. Se levantó la sesión de la Cámara y se abrió el Congreso. Protestó el licenciado Lascuráin. Se clausuró el Congreso. Se abrió de nuevo la sesión de la Cámara; se leyó una comunicación del subsecretario de Comunicaciones en que manifestó que el Presidente interino había nombrado ministro de Gobernación al general don Victoriano Huerta. Media hora después, el licenciado Lascuráin presentó su renuncia de Presidente interino. Se aceptó, y, conforme a la Constitución, se nombró Presidente al general Huerta por unanimidad de 123 votos. Se abrieron al público las puertas de la Cámara. Se clausuró la sesión permanente y, ante el Congreso General, rindió protesta como Presidente interino de la República Mexicana el señor general Victoriano Huerta.

Se hizo público el acuerdo habido el día anterior entre los Generales Díaz y Huerta, según el cual se da por inexistente y desconocido el Poder Ejecutivo que funcionaba. Se acordó el nombramiento del siguiente Gabinete: Relaciones, licenciado Francisco León de la Barra; Hacienda, licenciado Toribio Esquivel Obregón; Guerra, General Manuel Mondragón; Fomento, ingeniero Alberto Robles Gil; Gobernación, ingeniero Alberto

García Granados; Justicia, licenciado Rodolfo Reyes; Instrucción Pública, licenciado Vera Estañol; Comunicaciones, ingeniero David de la Fuente. Se anuncio además, la creación de un nuevo ministerio que se denominará de Agricultura, de cuya cartera se encargará el licenciado Manuel Garza Aldape. En la cláusula 4ª el General Félix Díaz declinó el ofrecimiento de formar parte en el Gabinete provisional, para quedar en libertad de defender su candidatura, de acuerdo con los compromisos que tiene contraídos para con su partido, en la próxima elección.

***

De esta manera terminó el Gobierno del señor Madero; faltaba, sinembargo, el epílogo, que había de ser una de las páginas más sangrientas y terribles en la historia de este generoso país.

Ese epílogo lo constituyó la muerte del Ex-Presidente y el Ex-Vicepresidente. Los dos señores salieron de palacio en un automóvil, y custodiados por una fuerte escolta de rurales, para ser llevados a la Penitenciaría del Distrito Federal. Esto ocurrió el sábado 22 de Febrero, en la noche. En el camino fueron muertos a balazos.

La versión oficial, aceptada por los representantes de los países extranjeros, dice que un grupo de hombres, pretendiendo libertar a los prisioneros, atacó a la escolta en las calles de Lecumberri; que con tal motivo se trabó una escaramuza entre asaltantes y asaltados, y que de resultas de tal encuentro fueron muertos los señores Madero y Pino Suárez.

¿Qué efecto produjo en la opinión este acontecimiento?

Generalmente causó dolor la tragedia. Aun los mismos enemigos del Ex-Presidente lamentaron que hubiese acabado sus días de manera tan violenta. Por lo que hace al señor Pino Suárez, la conmiseración pública fué, antes que para él, para su viuda y sus hijos, que quedaban en mala situación pecuniaria.

Poco después, cuando la dolorosa impresión fué dejando el campo a una reflexión fría y serena, se admitió que con la muerte de los ex-mandatarios se consolidaban las esperanzas de paz, pues mientras ellos hubieran vivido, habría habido siempre un pretexto para nuevos pronunciamientos. Al desaparecer de la escena los dos representantes del maderismo, la reacción no tenía ya razón de ser.

Los Generales Huerta y Félix Díaz fueron considerados como árbitros del nuevo estado de cosas. Se admitió desde luégo que el segundo de ellos iría a ser el Presidente, electo por el pueblo en las próximas elecciones. Tanto Don Félix como el General Mondragón y los demás jefes y oficiales que con ellos compartieron los azares de la lucha, han sido objeto de las más francas y ruidosas manifestaciones de simpatía popular.

A pesar del tiempo transcurrido desde que se inició el combate, todavía prevalece en la República un vivo sentimiento de dolor por la muerte del señor General Reyes, a quien hasta sus más encarnizados enemigos reconocen ahora las grandes virtudes que lo adornaban como militar, como patriota y como estadista.

La conciencia nacional, por lo demás, se ha hecho tolerante: está dispuesta a disimular todos aquellos actos del Gobierno que no revistan una gravedad suma, aunque no se ajusten de modo estricto al espíritu de la ley,—a trueque de que el Gobierno devuelva a la República la paz de que tanto ha menester.

Todos los primeros actos del Gobierno han revelado altitud de miras y capacidad de dominar la situación. Los nombramientos hechos hasta ahora para los diversos puestos adminisrrativos han merecido el aplauso de todas las personas sensatas.

Creemos que ningunas palabras nuestras podrían cerrar mejor este libro, que la crónica de "Almafuerte" relativa al número de víctimas que ocasionó la decena trágica. He aquí ese artículo, vibrante de dolor, de amor y de generosos impulsos:

Cerca de seis mil heridos y más de dos mil muertos durante la decena trágica.

"ALMAFUERTE" RECORRE LOS HOSPITALES DE SANGRE,
Y RELATA CON VIVOS COLORES
LO QUE VIO EN AQUELLOS ASILOS DEL DOLOR.

Muchos visitantes de ciudades cercanas han afluído a esta metrópoli en los últimos días, para ver en ella los estragos causados por el tremendo combate que dió en tierra con el régimen

nefando. Se las ve detenerse en los sitios que fueron teatro de la trágica hazaña, y contemplar extáticas, con ojos de asombro, los muros medio destruídos al estallar de las granadas, los cristales donde el proyectil fugitivo trazó las líneas de una geometría simple, los postes derribados; los hilos del teléfono y de la luz que aún cuelgan, inútiles, como bejucos en una selva a medio derribar.

Todo esto es espantable; sin embargo, no alcanza a dar una idea exacta de la magnitud del infortunio que envolvió con sus alas nuestra metrópoli. Para medir la hondura de ese dolor que ahora se remansa bajo los muros protectores, es necesario ir a los hospitales de sangre, donde lloran su desventura las víctimas de la rabiosa acometida.

Yo he hecho esta correría; he ido con un amigo que tiene la fina sensibilidad de un poeta y el encendido corazón de un visionario; me he acercado a los cuerpos moribundos; he visto la crispatura de las manos que imploran la dádiva de la salud; el fuego que arde en los ojos febriles; los brazos exangües, flácidos, llenos de vigor en otro tiempo, pero que ahora, como los brazos del cenobiarca, no soportarían el peso de un ánfora vacía.....

He aquí, lector amable, una somera narración de lo que han contemplado mis ojos. Si ella enciende en tu espíritu la llama de una piedad, estas palabras no serán inútiles, porque todo impulso de piedad tiene un estupendo poder germinal. Y cuando yo supiera que ese poder había alcanzado a poner en tus manos un óbolo para los que sufren, consideraría que no ha sido inútil mi peregrinación, puesto que ella ha hecho desbordar las fuentes de la misericordia.

***

En la calle del Alamo está el más importante de los hospitales donde reposan los heridos del fragoroso combate. Podría decirse que aquella es una estación central, en que las víctimas aguardan el tren que ha de llevarlas..¿a dónde? ¿a las obscuras riberas de la Muerte? ¿a las fértiles playas del Amor? ¿a los campos de la acción fecundante?....

Una dama de grandes ojos crepusculares nos recibió con sencilla amabilidad. Poco después, marchábamos mi amigo y yo, tras sus pasos menudos, a través de las salas de aquella estancia de dolor cuyos olores denunciaban frecuentes aplicaciones de yodo y de cloroformo.

—Mira, Almafuerte,—me dijo el poeta, indicándome un rostro de niño que casi se perdía en las blancuras de una sábana.

Y miré. La criatura estaba sumergida en un profundo sopor. La enfermera nos habló de aquel caso: las balas traspasaron los muslos, abriendo en ellos cuatro enormes heridas. No tocaron el hueso; sólo que la hemorragia fué espantosa, de tal suerte que el niño fluctúa aún entre la vida y la muerte.

Ante nosotros, en una sucesión desesperante, se enfilaban los lechos ocupados por otras tantas víctimas, hasta el último término de la estancia. Silenciosamente, como quien teme profanar el recinto del infortunio, fuimos pasando ante aquellos cuerpos doloridos. Cabezas vendadas, labios que se esforzaba por sonreirnos, manos ocultas entre la blancura del algodón, torsos robustísimos de hombres del pueblo, que perforaron los proyectiles: tal fué el cuadro que nos mostró la terrible lucha pretérita.

Según informes que nos dió la bella dama de ojos crepusculares, en los hospitales de la Cruz Roja se atendió a más de 2.500 heridos. Muchos de ellos tuvieron que sufrir la amputación de brazos o piernas; otros fueron llevados a los hornos crematorios, después de que la muerte puso en sus frentes el beso inevitable; algunos, reposan ya bajo la misericordia de la tierra madre....

Con el ánimo conturbado,—con ese íntimo desfallecimiento que causan las obras de la iniquidad,—salimos a la calle, para ir a visitar otros hospitales. El sol reía sobre las baldosas, descendía por los muros cercanos, e iba a dorar las flores de los jardines familiares. Y a lo lejos, en vuelo sosegado, cruzaba el cielo, limpio y azul, una paloma, símbolo de la paz de la Naturaleza....

La vida es una lotería

Mientras íbamos en un tren hacia otros hospitales de sangre, mi amigo dejaba fluir la vena de sus cordiales palabras, que la reciente visión saturaba de amargura.

—¡Esto es horroroso!—me decía.—Tanta carne doliente, rasgada, trágica, es un testimonio de nuestra barbarie. Esos hombres no cayeron bajo el impulso de una fuerza ciega e irreductible, como caían, bajo las zarpas de tigres y leones, los hombres primitivos; cayeron bajo el fuego que vomitaban las máquinas de la Muerte. ¡Sí: el hombre ha arrancado a la Naturaleza sus secre-

tos para destruir con ellos a sus semejantes! Hay una técnica del mal: una técnica de cañones y ametralladoras, como hay otra de la luz, de la dinámica o de la navegación aérea. El cristianismo, la bondad, el amor, no han ido más allá de la superficie de nuestra civilización. Somos bárbaros, en el peor sentido de esa palabra.

Al decir tales razones llegábamos al Hospital de Jesús,—vieja reliquia de la historia de la Colonia.—En aquel lugar se hallan curándose o esperando quizás que les llegue la hora del viaje sin retorno, muchos heridos, ancianos, hombres en pleno vigor, mujeres y niños. Algunos de ellos fueron sorprendidos por las balas al llegar a la capital, ignorantes de lo que estaba pasando; muchos pagaron con sangre una impertinente curiosidad: otros, son de aquellos a quienes no bastó la protección de los muros familiares.

Como en éste, en el Hospital Juárez, en la Escuela de Medicina,—en otros muchos sitios,—hay centenares y centenares de víctimas. Puede calcularse en 2.400 el número de heridos que atendió la Cruz Blanca Neutral. Si agregamos tal número al anterior, y consideramos luego que en casas particulares hay aún muchos infortunados con las carnes igualmente desgarradas por el plomo homicida, podemos llegar a esta conclusión dolororísima: durante el combate hubo cerca de seis mil heridos. En cuanto a los muertos, bien puede afirmarse que no bajaron de dos mil.

En el Hospital Militar trabamos, mi amigo y yo, agradable conversación con un ofidial herido. El rostro moreno, iluminado por el fuego de la juventud, sonreía donosamente, mientras el torso parecía estremecerse bajo la garra del dolor.

—Esto no significa nada,—nos dijo,—es un simple incidente.

El poeta le preguntó cómo y dónde había caído

—En cualquier parte; me parece que en la mitad del arroyo. Ya ve usted: la vida es una lotería....

¡Trágica, tremenda lotería!, pensé yo. Lotería más aleatoria que ninguna, porque a lo mejor nos da el billete premiado con la Muerte!

La ciudad futura

Mientras íbamos de un hospital a otro, en la doliente peregrinación, mi amigo soltaba el raudal de sus bellos discursos. Te-

nía los ojos relampagueantes, cuya negrura contrastaba con la palidez que la emoción había puesto en su rostro:

—¡Cómo se dilata el espíritu,—decía,—cuando se piensa en que toda esta ignominia ha de concluir al fin.... Hay quienes presienten, como yo, los días claros y risueños en que los hombres no se matarán, no se devorarán, unos a otros. Es más: ha habido corazones que vivieron para el amor real y puro. El grande, el magno, el eminente Eliseo Reclus, que pertenecía a un batallón de voluntarios de la Commune, se vio obligado por espíritu de solidaridad a ir entre las tropas que combatían al gobierno de Versalles. Pero nunca quiso disparar su fusil! El día en que todos los habitantes de la tierra tengamos tan íntima, tan arraigada conciencia del valor de la sangre, de los imperativos del amor, de los fueros de la fraternidad, la Vida será verdaderamente digna de vivirla. ¡Entonces no nos avergonzaremos de pertenecer a una especie de individuos que inventan máquinas para matarse!

—Hay que creer en la eficacia de la sangre,—insinué yo.—"Escribe tus obras con sangre y sabrás que la sangre es espíritu", enseñó el gran pensador alemán.

—No, interrumpió el poeta, mientras me envolvía en su mirar sibilino; el espíritu no necesita, virtualmente, de humanos despojos para levantarse. Y la prueba es que a medida que se enaltece, que se acrisola, que se liberta, tiende a afirmar la necesidad moral de la paz fundada en el amor. Por eso yo creo en los esplendores de la patria futura. El hombre la establecerá un día, en plenitud radiante y magnífica. Y entonces oiremos el ritmo de las estrellas, el concierto de la savia fecundante, la voz de los animales inferiores, que no escuchamos hoy porque el estruendo de las luchas frenéticas ahoga la profunda sabiduría. Y entonces, por la primera vez en su historia, el hombre será libre.

....Caía la tarde. Mi amigo, embargado por su visión de la ciudad futura, caminaba en silencio, a mi lado, bajo los undosos árboles de la Alameda. Y yo pensé en las tierras dilatadas y munificas de la patria mexicana, y me pareció que sobre mi amado país descendía ya la piedad de los siglos futuros. ¡Y en aquel momento sentí el santo orgullo de ser hombre!....

ALMAFUERTE."

rojo - Rev

F1234
P354

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

F1234
P354
1020003351
108544
AUTOR
PANIAGUA, Emigdios
TITULO
El combate de la ciudadela,
narrado por un extranjero
FECHA DE VENCIMIENTO
NOMBRE DEL LECTOR